

**«EL HOMBRE QUE ESTÁ SOLO Y ESPERA»  
DE RAÚL SCALABRINI ORTIZ: GENEALOGÍA Y  
MODULACIONES DEL DISCURSO NACIONALISTA EN LA  
ARGENTINA DEL SIGLO XX**

**Roberto Retamoso**

Profesor de Análisis del Discurso

**La aparición de un libro  
exitoso**

Podría decirse que actualmente ya es un lugar común, tanto a nivel de la crítica literaria y cultural como de los estudios históricos, afirmar que la publicación de *El Hombre que está solo y espera* en octubre de 1931 constituyó un auténtico éxito editorial. Como lo recuerda Beatriz Sarlo, “*la primera edición se agota en un mes, (...) y la segunda sale a la calle el 31 de diciembre. Además fue elegido, por unanimidad, como Libro del Mes por el Pen Club de Buenos Aires. A partir de ese momento, se sucedieron las reediciones*”.<sup>1</sup> Tamaño éxito, seguramente, debía basarse en la correspondencia que lograba con diversas opiniones, creencias y valores sostenidos por el público lector; y si bien no nos es posible reconstruir el “horizonte de expectación” en el que la obra fue acogida,<sup>2</sup> podemos suponer, a partir de los datos que aporta Sarlo, la existencia de amplios procesos de identificación, a nivel de ese público, con los significados expuestos por

el texto.

De todos modos, y admitiendo que no disponemos de los datos necesarios para reconstruir ese “sistema objetivable de expectativas”, podemos conjeturar, por las características políticas, sociales y económicas del momento histórico en que la obra de Scalabrini Ortiz se publica, algunas de las razones que habrían generado tamaña aceptación por parte de sus lectores. Como es sabido, el 6 de setiembre de 1930 se produjo el levantamiento del General Uriburu que destituyó al gobierno democrático del doctor Hipólito Yrigoyen. Ese primer golpe de estado militar en la Argentina fue posible, entre otras cosas, por el descrédito en que habían caído las figuras y las instituciones políticas en el país, especialmente a partir de la segunda presidencia de Yrigoyen (1928-30). Semejante descrédito, naturalmente, obedecía a un complejo conjunto de factores o causas, entre las que se pueden

mencionar tanto a la incapacidad del gobierno de Yrigoyen para administrar correctamente la cosa pública, como la prédica realizada por distintos factores de poder - como sectores importantes del ejército y ciertos grupos políticos conservadores -, cada vez más proclives a soluciones antidemocráticas y fascistas. Junto con ello, la crisis económica del capitalismo a escala mundial desatada en 1929 también comenzaba a hacer sentir sus efectos en el país, lo cual coadyuvó para generar ese clima de inestabilidad generalizada y de descrédito a nivel social que precipitó la caída del gobierno de Yrigoyen.<sup>3</sup>

Si el descrédito generalizado de las figuras y las instituciones políticas constituye uno de los datos que se deben consignar a la hora de conjeturar las razones por las cuales el libro de Scalabrini Ortiz pudo tener un considerable éxito, otro dato que deberíamos incorporar con ese fin es el de la presencia de multitudes de inmigrantes europeos en la sociedad y en la cultura argentinas de principios de siglo, y las respuestas ideológicas, políticas y culturales que esa presencia generó. Así, entre las múltiples respuestas que dicha presencia produjo, una de ellas consistió en la voluntad de formular la existencia de una literatura *nacional*, promoviendo para ello un auténtico proceso de *canonización* del *Martín Fierro* a lo largo de la década del diez, según un modo *ideológico* de confi-

gurar el espacio de esa literatura.<sup>4</sup> En ese sentido, resultaron decisivas las intervenciones de Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, quienes por medio de obras como *El Payador* (1916) y la *Historia de la Literatura Argentina – Los gauchescos* - (1917) constituyeron a la obra de Hernández en el paradigma mismo de la literatura nacional.

Pero esas formulaciones de cierta “elite” cultural que, en el caso de Lugones sobre todo, expresaban posiciones concomitantes respecto de las posiciones ideológicas y políticas de los sectores tradicionales y conservadores de la sociedad argentina, no fueron las únicas que se produjeron como modo de afirmar la existencia de una suerte de *identidad nacional* frente a las manifestaciones intrusivas de lo europeo. Porque otros sectores de la cultura argentina, como el que conformaban los jóvenes vanguardistas nucleados en torno a la revista “Martín Fierro”, hacían del *criollismo* uno de los rasgos distintivos de sus propuestas estético-literarias, propugnando la reivindicación de una lengua nacional como el sustrato o la materialidad verbal a partir del cual construir sus obras de arte.<sup>5</sup> Lengua que no debía entenderse necesariamente como una suerte de continuidad de la lengua característica del género gauchesco que había florecido a lo largo del siglo XIX, sino como una lengua que asumía las voces, los giros y la

tonalidad de los discursos idiosincrásicos de los hombres actuales de prosapia criolla, que era visualizada por los jóvenes martinfierristas como el núcleo mismo de un habla genuinamente argentina.<sup>6</sup>

De manera que ciertas características de la superestructura política – ineficiencia, desidia, imágenes de corrupción – como ciertas características de la sociedad y la cultura de la época – fuerte presencia inmigratoria, con sus secuelas de inevitable contaminación de la lengua y la cultura nacional – amén de la prédica de diversos grupos y autores en torno a la necesidad de un pensamiento y una literatura nacionales parecían establecer, inevitablemente, una serie de condiciones favorables para la irrupción de un texto como el de Raúl Scalabrini Ortiz. Como hemos señalado más arriba, no nos es posible estudiar empíricamente la configuración y el contexto cultural de su público lector, pero creemos que, de todos modos, el relevamiento de los datos políticos, ideológicos y culturales señalados precedentemente nos permiten conjeturar las razones que determinaron la acogida favorable que encontró su obra. Porque *El Hombre que está solo y espera* venía a hablar precisamente de ese conjunto de temas que en amplios sectores de la sociedad argentina de la época constituían seguramente una especie de *tópica* o reservorio de lugares comunes insta-

lados en la opinión o el sentido común: la idiosincracia del hombre porteño concebida a partir de su condición criolla, en tanto que auténtico *hijo de la tierra*; la necesidad de recuperar las formas populares de su habla, como un modo de establecer una auténtica lengua nacional; la denuncia de las defecciones de los intelectuales y los políticos respecto de la causa de la Nación y el Pueblo; y, en un plano más específicamente político, la denuncia de las intromisiones del capital extranjero en la cosa pública como un tema que anticipa tanto los libros siguientes de Scalabrini Ortiz cuanto el desarrollo de un discurso de rasgos marcadamente nacionalistas que habría de florecer a partir de la década del treinta.

#### **El linaje discursivo de**

#### ***El Hombre que está solo y espera***

Dentro de la escasa bibliografía que hemos hallado sobre el texto de Scalabrini Ortiz, el artículo Consideraciones sobre “El Hombre que está solo y espera” de Adolfo Prieto nos resultó de gran utilidad para situar cierto contexto o, más precisamente aún, cierta tradición donde dicho texto se inscribe.

<sup>7</sup> En dicho artículo, Prieto adscribe El Hombre que está solo y espera más que a la década del 30 a la década anterior, en la medida en que “coincide con la línea de intereses del Evaristo Carriego, de Borges; con una de las preocupacio-

nes fundamentales del grupo martinfierrista: el criollismo; con una época de relativa facilidad para la que era posible, todavía, una indiscriminada confianza en el futuro”.<sup>8</sup> Según Prieto, “es un libro *históricamente anterior* a la crisis económica de 1929; previo a la quiebra vertiginosa yrigoyenista y al golpe militar de Uriburu” (lo destacado es nuestro). Por ello, considera a El Hombre que está solo y espera como “el último epígono del optimismo novecentista”, al compararlo con las ideas expuestas por Ricardo Rojas en *Eurindia* en 1924. En ese libro, nos recuerda Prieto, Rojas “empieza por reconocer dos leyes de tipo organicista: una ley de continuidad de la tradición y una ley de unidad de la cultura”, que a su vez se hallan “sujetas a leyes cuyo cumplimiento no parece reconocer la posibilidad de opción”. Por ello, “este paradójal espiritualismo determinista se manifiesta también en la intuición clave de Rojas, aquella que subyace como *primum movens* de su teología nacionalista. Es *la intuición del espíritu de la tierra*, el “genius loci”, la presencia y expresión de la Argentinidad” (lo destacado es nuestro).<sup>9</sup>

El nacionalismo que Rojas expone en *Eurindia* es, según Prieto, un nacionalismo “ingenuo”, pero esa perspectiva nacionalista “rebasaba su horizonte crítico (...) para convertirse en usufructo de toda una época, o al menos de un

grupo de hombres que vivieron esa época desde parecidas coordenadas vitales. Con variedad de onda, el mismo sentido tiene la historia sin fisuras que Joaquín V. González traza del país en 1910, la perduración de los mitos helénicos en el *Martín Fierro*, hipótesis señalada por Lugones en 1913, o el progresivo blanqueamiento de la población hacia la primera década del siglo, hecho entusiastamente *destacado por José Ingenieros*”.<sup>10</sup> De manera que el artículo de Prieto viene a proponer una auténtica genealogía discursiva donde situar el texto de Scalabrini Ortiz, constituida por una serie de ensayos que intentan “explicar el ser nacional” a partir de un principio “*al que podría denominarse, según una fórmula promedio, de “espíritu de la tierra”* (lo destacado es nuestro).<sup>11</sup>

Por otra parte, el artículo de Prieto, lejos de agotarse en el reconocimiento de los vínculos que ligan al texto de Scalabrini Ortiz con textos precedentes de la literatura argentina, señala además los vínculos que lo conectan, desde su pertenencia a esa tradición ensayística, con un conjunto de autores europeos cuyas ideas incidieron notoriamente en los escritores argentinos que indagaban acerca de las características del “ser nacional”. Así, Prieto dirá que “*los hijos y los nietos de la generación positivista del 80, con las tendencias que los sistemas racionales poseen de segregar motivaciones irracionales al encarnarse en sus ejecutores, puso en circula-*

*ción esta flexible fórmula, tan apta para ser fecundada con las ideas de Fichte, como por los esquemas recalcitrantes al estilo Barrés, o el poderoso intuicionismo de Keyserling*".<sup>12</sup>

En el caso de Scalabrini Ortiz, la incidencia de Keyserling es particularmente notoria, ya que adopta cierta modalidad de trabajo designada por el filósofo alemán en términos de "análisis espectrales"<sup>13</sup>. Dichos análisis, cuya adjetivación sugiere entre otras cosas una visión ciertamente "radiográfica" de sus objetos tal como lo vuelve evidente el título *Radiografía de la Pampa*, suponían una fuerte dosis de intuicionismo, en la medida en que su perspectiva filosófica global se sostenía en lo intuitivo y lo irracional, a la manera de un discurso epígono de lo nietzscheano. Independientemente de ello, lo cierto es que Keyserling formaba parte de un conjunto de viajeros que visitaron insistentemente el país entre fines del siglo pasado y comienzos del actual, entre los que se destacaban figuras como las de Ortega y Gasset, D'Ors, Maritain, Valle Inclán o Blasco Ibáñez. Como es sabido, se trataba de viajeros que emitían opiniones "calificadas" acerca de la naturaleza o la idiosincracia de los argentinos, y por ello los ensayos argentinos de la época, y especialmente el de Scalabrini Ortiz, pueden leerse como auténticas réplicas en el contexto de un diálogo que iba fijando verdaderas coordenadas para quienes, en el campo de

la cultura argentina de la época, pretendían iluminar la comprensión del "espíritu nacional".

### **Morfología del Hombre de Corrientes y Esmeralda**

Beatriz Sarlo ha definido a *El Hombre que está solo y espera* como un "ensayo narrativo" de tipo "psico-social".<sup>14</sup> Lo cual puede entenderse como la producción de un texto orientado fundamentalmente a dar cuenta de los aspectos psicológicos y sociales, o más precisamente aún, psico-sociales, del porteño medio de su época. Aspectos que, recuerda Sarlo, resultan indisociables respecto de un conjunto de factores heterogéneos que los sobre-determinan. Así, según esta autora, para la perspectiva de Scalabrini Ortiz "*la crisis presente se origina tanto en la privación de relaciones "normales" entre los sexos, como en la defecación del radicalismo y los infatuamientos del viejo presidente derrocado, la soberbia de los militares golpistas, la incapacidad de los intelectuales y el avance del capital extranjero. Todo se articula en un esquema orgánico y sin contradicciones, cuyo origen lejano reside en el proceso inmigratorio y sus consecuencias sobre la moral sexual y las modalidades de la vida cotidiana*".<sup>15</sup> Por consiguiente, uno de los ejes de la argumentación de Scalabrini Ortiz "*reside en la determinación sexual del carácter nacional*", y por ello "*también observa las transformaciones en la subjetividad que se producen en la ciudad alterada por la*

*inmigración; se ocupa de los cambios topográficos y ecológicos; sigue los movimientos diferentes de la ciudad a lo largo del día y de la noche y tiene conciencia del peso de los escenarios públicos en la definición de un perfil psicológico de Buenos Aires y de los porteños*".<sup>16</sup>

Las observaciones que citamos más arriba permiten caracterizar adecuadamente la configuración del texto de Scalabrini Ortiz. Porque aún una lectura superficial revela, en su mero suceder, el sentido de proyección, e incluso de expansión, que implica el análisis propuesto por el autor para comprender al Hombre de Corrientes y Esmeralda, dado que a partir del núcleo que constituye el análisis de la psicología del porteño medio, es posible inferir las facetas explícitas e implícitas de las significaciones ideológicas y políticas que actualiza el texto.

En tal sentido, resulta evidente que la propia organización del texto habilita esa lectura. Así, en sus comienzos - específicamente en el segundo capítulo denominado *La gota de agua* - se plantea lo que puede considerarse como el proyecto o programa que anima a su propia escritura: "indagar las modalidades del alma porteña actual". Se trata, por cierto, de un auténtico programa de investigación que postula un objeto (el alma porteña actual) y un sujeto de la investigación (el autor del libro), presente desde las primeras páginas de su texto. Si allí el porteño es "una combina-

*ción química de las razas que alimentan su nacimiento*", según una metáfora elocuente tomada del discurso de la ciencia, por lo mismo "es esa gota de agua, incolora, inodora e insípida que brota en el fondo del tubo de ensayo o que el cielo envía para que la tierra fructifique".<sup>17</sup> Representado de ese modo el objeto de investigación, se tratará entonces de representar asimismo al sujeto: "con virgen encantamiento de niño, me abandonaré ahora a la contemplación del mundo que se refleja en esta gota de agua que rebila entre mis dedos".<sup>18</sup> Al mismo tiempo, se trata de caracterizar asimismo la actividad de ese sujeto que indaga: "Todo lo porteño, el observador debe extraerlo de esa veta rebelde y subterránea que el espíritu forma bajo los hechos. Debe descubrir las escenas, como quien descubre una gema, sopesar los caracteres, inventar nuevos patrones de medición, despojar al criterio de los engañosos convencionalismos europeos, pescar las palabras definidoras, formar hombres prototipos, superponer manías individuales para trazar en la manía envolvente la necesidad colectiva que las involucra a todas. Debe bucear en el ambiente y sentir y pensar y actuar, a pesar suyo, como uno cualquiera, viéndose y estudiándose vivir. Ser conejillo de indias y experimentador, simultáneamente".<sup>19</sup>

Definidos de ese modo el objeto y el sujeto de la investigación, el texto define además el instrumento fundamental para la realización de esa tarea: el Hombre de Corrientes y Esmeralda. Ese hombre es, según el autor, "un hom-

bre arquetipo de Buenos Aires”, al que concibe como “*el instrumento que permitirá hincar la viva carne de los hechos actuales, y en la vivisección descubrir ese espíritu de la tierra que anhelosamente busco*”.<sup>20</sup> De manera que El Hombre de Corrientes y Esmeralda deviene en una suerte de diagrama esencial de la argentinidad, un diseño abstracto y genérico que, a la manera de un faro ideal, podrá reconocerse sin embargo en la infinidad de manifestaciones concretas donde se encarna y corporiza al iluminarlas.

Por consiguiente, el texto de *El Hombre que está solo y espera* consistirá en la ejecución de ese programa de trabajo que anuncia en su comienzo. En función de ello, los primeros capítulos del libro estudian la relación que se establece entre la tierra y el Hombre de Corrientes y Esmeralda, dado que, a pesar de su condición de individuo urbano, el Hombre sufre los efectos que “el espíritu de la tierra” imprime sobre su carácter (abatimiento, inacción, conciencia de su finitud frente a lo inabarcable del paso del tiempo). Significativamente, esos primeros capítulos del libro conducen hacia un capítulo medular, denominado *La ciudad sin amor*. Porque en él se despliega un relato que podría ser pensado como un verdadero “mito de origen”, cuyo texto parece oscilar entre las formas presuntas de la narración historiográfica y las formas virtuales de las narraciones mito-

poéticas. Según ese relato, al llegar las oleadas de inmigrantes la ciudad “*pasó peligro de ser segregada del campo*”, ya que “*estuvo en trance de europeizarse*”. Para colmo de males, “*los intrusos formaban hordas de la más pésima calaña, de la estofa más vil*”. Y si en un primer momento los recibió “*con una sonrisa chacotona*”, posteriormente, “*acosada por runflas crecientes de extranjeros comenzó a rebuirlos. Intimidada, se retrajo y abroqueló en los fueros de las familias ya arraigadas*”. Pero esa táctica no bastó para contener al caudal inmigratorio, por lo que, “*acodillada entre el bienestar de sus habitantes y el mantenimiento de su espíritu, la ciudad sacrificó a sus hombres*” (lo destacado es nuestro). Ello supuso “*enclaustrar a sus mujeres*”, y aún más, dado que “*la ciudad desacordó las naturales trabazones de los sexos*”. De manera que “*los hombres quedaron desamparados*”, siendo objeto de agresiones cuando se los veía junto a una mujer. Como corolario de todo ello, “*con mano dura se extinguió el amor de la ciudad*”.<sup>21</sup>

El relato que urde la escritura de Scalabrini Ortiz pretende situar, de ese modo, el origen del proceso por el cual se ha gestado el carácter o el temperamento del porteño actual<sup>22</sup>. Se trata, así, de una suerte de privación primordial, que ha desembocado inevitablemente en una salida existencial y ciertamente misógina a través del trabajo, como lo plantea el capítulo siguiente, *Las vidas que se escurren*.<sup>23</sup> De modo que, una vez

ubicado el origen del carácter del Hombre de Corrientes y Esmeralda, se trata a continuación de precisar mejor lo que podría entenderse como su “caracterología”. En función de ello, ese Hombre es cronológicamente acotado, a nivel generacional, en el capítulo *La edad de los años*.<sup>24</sup> Allí se indica que pertenece a una generación que es la de los mayores de 25 años y menores de 50, algo así como una generación de adultos, salidos de la juventud y no entrados aún en la vejez. Esa generación, en la perspectiva de Scalabrini Ortiz, parece ser la única capaz de eludir los valores del materialismo, ya que los menores viven “el desentumecimiento de la ciudad” pero corren el riesgo de “norteamericanizarse”, mientras que los mayores protagonizaron el progreso del país, pero “desatendieron su espíritu”. El Hombre de Corrientes y Esmeralda, por el contrario, afirma los valores del espíritu y del sentimiento, y se emociona, “más que por los hechos, por la emoción que enrasa a todos los porteños, en que todos los porteños se coligan en la fusión de un sentimiento común que soslaya todo descreimiento intelectual” (lo destacado es nuestro).<sup>25</sup>

Alejado así de las mujeres por imperio del medio social - con quienes asume, en última instancia, una actitud de contienda y cacería - el Hombre de Corrientes y Esmeralda hace un culto de la amistad, como si fuese ése uno de los pocos sentimientos dignos de culti-

varse. Y así como valora los bienes espirituales, menosprecia los bienes materiales, acosado por un “sentimiento de muerte” que lo lleva a relativizar el valor de las cosas mundanas. Todo lo cual va conformando un temperamento relativista y escéptico, que lo lleva a desinteresarse de la cosa pública. Aunque en rigor, más que de desinterés debería hablarse de un delegar de responsabilidades, ya que delega en el Estado diversos derechos y deberes que le son propios. “*El estado es una delegación del hombre porteño, en que el Hombre de Corrientes y Esmeralda se salva de ideas de temporalidad*”, afirma en tal sentido el texto en el capítulo *Delegación de un destino*.<sup>26</sup> Porque el hombre porteño “*está retenido junto al desencadenamiento del tiempo por el sentimiento de su impuntabilidad en los destinos del espíritu de su tierra*”, y para eximirse de esa responsabilidad, de la que es autor y agente, “*el hombre se amputa una fracción de sí mismo, y cede a la colectividad algunos de los derechos y de los deberes que se confiere*”.<sup>27</sup>

La descripción caracterológica del Hombre de Corrientes y Esmeralda que nos propone el texto prosigue luego con el La descripción caracterológica del Hombre de Corrientes y Esmeralda que nos propone el texto prosigue luego con el análisis de lo que podríamos llamar su “inteligencia”. Se trata de una inteligencia *sensible*, ya que el Hombre no reflexiona ni calcula, sino que comprende o entiende básicamente de manera

intuitiva. Por ello, en el capítulo *El piloto del caos* se dirá que “*el Hombre de Corrientes y Esmeralda es hombre de improvisaciones y no de planes, es un hombre fiado en la certeza del instinto, en sus intuiciones, en sus presentimientos. En una palabra: es el hombre del “pálpito”*”.<sup>28</sup> Del mismo modo, el texto afirmará, apotegmáticamente, que “*El porteño no piensa, siente*”.

Esa singular “inteligencia”, según Scalabrini Ortiz, “*se conforma a la naturaleza misma del país*”, puesto que se trata por una parte de una “*pampa llana sin mojones para la inteligencia*”, y por otra de “*la vida de la ciudad que avanza de azar en azar*”. Todo lo cual, según el autor, se explica porque “*la naturaleza material del país está en proyecto y los problemas son infinitos y de una complejidad tan multiforme que ninguna inteligencia capta en conjunto*” (lo destacado es nuestro).<sup>29</sup> Por ello, el porteño “*admira la inteligencia que actúa desprevenida en un hecho inesperado: la sutileza, la sagacidad, la astucia, “la ranada”, la industria, la elección acertada, la elocución persuasiva, y las quisiera para sí*”.<sup>30</sup> Y por las mismas razones, desprecia la vanidosa erudición del intelectual a la que juzga improductiva. De manera que, llegados a este punto, el texto de Scalabrini Ortiz va dibujando los trazos definitivos de la constelación de valores ideológicos, políticos y culturales donde se sostienen sus representaciones del espíritu porteño: así, en ese oponerse de dos inteligencias, de dos sistemas de pensa-

miento, de dos cosmovisiones que el texto instituye, se manifiesta la dialéctica de tipo agonístico que instaura el espacio de *lo nacional* en su perpetuo enfrentamiento con el espacio de *lo europeo*.

### **La configuración de un virtual paradigma político**

No sería inexacto afirmar que, en esta altura de la lectura que ofrece el texto, hemos arribado al sitio donde se configura definitivamente el *paradigma político* virtual que sostiene la escritura ensayística de Scalabrini Ortiz. Porque el análisis y la interpretación de la génesis del carácter porteño hasta aquí desarrollados han ido trazando dos ejes, dos polos, que en su confrontación permanente dibujan los espacios antagónicos de lo nacional y lo antinacional, corporizados en lo porteño y en lo europeo – y más específicamente en lo inglés – respectivamente. Y esos ejes o polos, por su parte, suponen una inequívoca toma de posición ideológica y política por parte del autor. Porque si el eje de lo porteño aparece connotado de manera positiva, ya que consiste en la manifestación o más precisamente aún en *la encarnación* del “espíritu de la tierra”, el eje de lo europeo aparece connotado de manera negativa, dado que representa un conjunto de valores absolutamente reñidos con las “experiencias vitales” de los hombres de nuestro

pueblo.

Si ésta es la perspectiva en que se sitúa Scalabrini Ortiz, ella difiere notablemente de la que, según él, adoptan los políticos del país. Y el parámetro que permite discernir en qué posición se ubican los unos y los otros está dado, justamente, por la actitud que toman frente al “capital extranjero”. Por ello, en otro capítulo medular del libro, denominado *La defección política*,<sup>31</sup> Scalabrini Ortiz dirá que “el Hombre de Corrientes y Esmeralda, aunque ignorante de finanzas, “palpita” que el capital es energía internacional, que no se connaturaliza nunca”.<sup>32</sup> Y por lo mismo, precisará que “cuando un político entra en combinaciones con el capital extranjero, acepta direcciones de compañías, representaciones de empresas, se contrata como abogado, o tramita sus asuntos, apañándolos con su influencia, el Hombre de Corrientes y Esmeralda le retira su delegación”.<sup>33</sup>

Como si se tratase además de referir en concreto a los distintos partidos que, hasta entonces, habían tenido la responsabilidad de gobernar el país, el texto denuncia el papel que, en ese orden de cosas, jugaron conservadores y radicales. Así, afirmará que “los conservadores manejaron durante muchos años el país como cosa propia. En desprendida capitación, se repartieron los bienes mostrencos, y algunos otros. (...) Mas, luego, los conservadores ensorbecidos, supusieron que el país les pertenecía, y entraron en confabulaciones con los

capitales extranjeros. (...)”.

De igual forma, sostendrá que “los radicales perduraron mientras tuvieron presente la idea de su responsabilidad. El pueblo excusaba las pequeñas incorrecciones, el arribismo desahogado, porque dieron al país una cohesión espiritual como jamás había tenido. Pero Yrigoyen, ya muy anciano, se mareó con los ochocientos mil votos de su candidatura. La altanería lo perdió. Su segunda presidencia fue una tanda inacabable de infatuamientos. Soberbia era menoscabar en vano al Parlamento; soberbia, hacer gala de matonismo en las intervenciones; soberbia, valerse de los hombres menos enteros de su partido. Ahora estamos frente a una soberbia peor. El capital extranjero está en el poder”.<sup>34</sup>

Estos pasajes, significativamente, distinguen la actitud de los extranjeros que sirven a esos capitales, y que “son bien recibidos por el pueblo”, ya que “no es más laudable el laboreo de las tierras que la conducción de locomotoras”, de la actitud de los políticos vernáculos, que debiendo alegar por el hombre porteño en realidad “lo traicionan”. Porque lo que el Hombre de Corrientes y Esmeralda no permite es que “los extranjeros le birlen las riendas del gobierno y le hundan en una miseria estéril en que el espíritu se extingue”.<sup>35</sup> Mediante estos enunciados el texto de Scalabrini Ortiz va precisando de ese modo los trazos de un paradigma político que, aunque sea de manera virtual, despliega un conjunto de proposiciones, valores y creencias que anticipan los tó-

picos característicos del nacionalismo revisionista de los años por venir. Ese nacionalismo, en el caso de Scalabrini Ortiz, supone asimismo un nacionalismo de tipo cultural: por ello, su libro concluye con una serie de consideraciones acerca de los valores y del lenguaje del Hombre de Corrientes y Esmeralda. Así, en uno de los últimos capítulos del libro, *El destructor de espejismos*, el texto afirmará que “*la Tradición, el Progreso, la Humanidad, la Familia y la Honra ya son pamplinas*”,<sup>36</sup> puesto que se trata de valores europeos ineptos para dar respuestas a las necesidades vitales del hombre porteño. Cuando en nombre de ellos, nos recuerda el autor, los intelectuales vernáculos “*bicieron un batifondo de mil demonios instigando a las autoridades a la ruptura de relaciones con Alemania y sus aliados*”, el hombre porteño advertía que no era de su interés participar de esa conflagración. Por ello, cuando hasta “*el Parlamento se puso de pie para votar la ruptura de relaciones*”, Yrigoyen, que era presidente, desoyó ese falso clamor y vetó la aprobación legislativa. “*Con su oído finísimo de viejo caudillo*”, reconoce Scalabrini Ortiz, “*había “palpitado” la oposición del pueblo porteño, y, en gran parte por eso, el pueblo porteño, a pesar de las turbiedades de su administración, lo premió con la segunda presidencia*”.<sup>37</sup>

La elaborada argumentación retórica con que Scalabrini Ortiz rescata los valores identificatorios del hombre

porteño, que según él lo llevan de manera casi natural a adoptar posiciones “nacionalistas” y “antimperialistas” – más allá de que ese tipo de categorías políticas todavía no emerjan como tales en su escritura –, parece desembozar, necesariamente, en una visión esperanzada del destino del Hombre de Corrientes y Esmeralda. Por ello, en el último capítulo de su libro, denominado *La rehumanización de la vida*,<sup>38</sup> dirá que “*el hombre porteño revalora al mundo. Aprehendiendo y mensurando el mundo en sí mismo, dilucidando sus afirmaciones en el contraste sin sospecha de sus propios sentimientos, el hombre porteño aventa las teorizaciones arqueológicas, poda la ampulosidad de los conceptos, humilla la arrogancia de los contextos legalistas y manumite al hombre de la artificiosa hojarasca literaria que le recubría y le suplantaba en el dictamen de los hombres*”.<sup>39</sup> Tamaño emprendimiento consiste, básicamente, en una suerte de “depuración” de los conceptos y las representaciones con que la cultura europea ha pretendido explicar y volver inteligible el mundo del hombre porteño. Por ello, el lenguaje es “la primera fisonomía” de los sentimientos depuradores que lo asaltan, y que lo llevan a establecer un universo de significaciones difícilmente reductibles a las formas establecidas por las normas socialmente impuestas del lenguaje. Según Scalabrini Ortiz ese universo se basa en un lenguaje compuesto por un limitado número de vo-

ces que, aisladas en la soledad de un diccionario, carecen de significación. Porque para valer algo, para vivir, “*tienden que unirse a un hombre*”. Lo cual implica que su significación “*es un reflejo del estado de ánimo del que habla y varía con la prosodia, con su inserción en el discurso, con la intención que las acentúa, con el gesto que la acompaña*”.<sup>40</sup>

Por esa vía, el pensamiento ideológico y político que expone el texto concluye afirmando que es precisamente en el lenguaje, en ese ejercicio creativo que posibilita cargar de significaciones múltiples a un repertorio escaso de términos, cómo el Hombre de Corrientes y Esmeralda comienza a experimentar una “rehumanización” que podría entenderse, asimismo, como un atisbo de emancipación social y política. Y por las mismas razones terminará diciendo, de una manera profética donde se combinan las formas poéticas de los discursos literarios con las formas mesiánicas de los discursos políticos que “*su lenguaje es ya una música cuyas notas son pocas palabras que se amalgaman, se enmiendan o someten mutuamente, como líneas melódicas de una sinfonía, aliadas a gamas infinitamente cambiantes de miradas, de voces y de gestos, entrelazadas con pausas en que la cordialidad crepita y chisporrotea con el goce de una lumbré hogareña. Ya hay algo nuevo en ese amasijo informe de la amistad. Por primera vez, el hombre está junto al hombre*”.<sup>41</sup>

### **Cierres y aperturas del texto respecto de la obra posterior del autor**

Beatriz Sarlo ha calificado a *El Hombre que está solo y espera* como “*último texto de su período ‘artista’*”.<sup>42</sup> Con esa breve frase, logra caracterizar tanto lo que son sus marcas estilísticas y literarias cuanto aquello que lo liga con la literatura de vanguardia de los años veinte. Junto con ello, también sugiere cierta ruptura, cierta discontinuidad, respecto de la producción posterior del autor.

Si esa ruptura se vuelve evidente cuando se compara la escritura de *El Hombre que está solo y espera* con, por ejemplo, *Política británica en el Río de la Plata* (1936) o *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940), no por ello carece de importancia analizar los vínculos que pueden llegar a conectar esos libros entre sí. En tal sentido, Adolfo Prieto ha postulado una hipótesis interesante en *Consideraciones sobre “El Hombre que está solo y espera”*, al señalar que en textos como *Política británica...* o *Historia de los ferrocarriles...* “*hay un intento de explicar, con el manejo de datos concretos y de cifras aún más concretas, el usufructo de la economía nacional por intereses extranjeros y la consecuente deformación de la historia nacional*”.<sup>43</sup> Según Prieto, “*ninguno de esos datos había sido utilizado para la redacción de El Hombre que está solo y espera*”, por lo que infiere que, “*dada la proximidad de las fechas (que vinculan a estos libros entre sí) se podría sospechar que la insatisfacción del bosquejo tra-*

zado en este libro, indujo a su autor a buscar explicaciones en otras fuentes y con otra metodología” (lo destacado es nuestro).<sup>44</sup>

Prieto finaliza su artículo consiguendo ese “viraje” que lleva a Scalabrini Ortiz del campo de la literatura al campo de disciplinas como la historia, la economía o la política, y deplorando que “no llegara a una síntesis de ambas tentativas”, puesto que considera que “Scalabrini realizó por separado el análisis de un tipo humano y el análisis de una situación. En conjunto, tal vez hubiera logrado el ensayo totalizador y una adecuada síntesis comprensiva de la realidad nacional”.<sup>45</sup>

Sea ello como fuere, lo cierto es que a partir de sus libros posteriores Scalabrini Ortiz modificaría sustancialmente los asuntos y las formas de su propia escritura. Porque en estos nuevos libros se trataría de una textualidad abiertamente política, económica e histórica, que privilegiaría las cuestiones inherentes a ese tipo de campos y prácticas discursivas. No obstante ello, y por encima de las diferencias profundas de género y de lenguajes que caracterizan a las obras de cada una de las etapas del autor, es posible leer ciertos núcleos semánticos en *El Hombre que está solo y espera* como auténticas anticipaciones de sus libros futuros: la denuncia de las injerencias del capital inglés en la vida nacional; la crítica de las actitudes de los políticos e intelectuales vernáculos que se pliegan a sus

designios; la reivindicación de los valores de lo nacional como forma de construcción de una identidad propia. Esos núcleos, por otra parte, no sólo anticipan los tópicos dominantes de la obra futura de Raúl Scalabrini Ortiz: también anticipan los tópicos dominantes del discurso del revisionismo histórico en su conjunto.

En *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional* Tulio Halperin Donghi sostiene que, en el caso de los revisionistas históricos argentinos “la exploración del pasado nace entonces como una tentativa de ofrecer el aval de la historia para la crítica de la Argentina del presente, y esa crítica se organiza en torno a dos motivos centrales: el primero, el repudio de la democratización política, que ha entregado el destino del país a dirigentes cuya deplorable habilidad para organizar invencibles máquinas electorales no puede ser negada, pero que no conservan solidaridad con intereses que – a los ojos de los revisionistas – son los de la nación misma, y aunque la tuvieran no sabrían cómo defenderlos con eficacia; el segundo es la denuncia del modo de inserción en el mundo de Argentina posindependiente – y en primer lugar del vínculo desigual con Gran Bretaña – que, lejos de ser la causa última de la desafortada expansión que ha cubierto el medio siglo que acaba de cerrarse, le ha impuesto modalidades cuyas consecuencias catastróficas sólo se hicieron evidentes luego de 1929, pero que de modo más secreto pero no menos dañino habían torcido el rumbo histórico ar-

gentino ya antes de esa fecha”<sup>46</sup>

Esos motivos, significativamente, atraviesan la escritura de *El Hombre que está solo y espera*: el primero, si no como “repudio de la democratización política” en términos explícitos, sí como crítica a los dirigentes que “no conservan solidaridad con intereses que son los de la nación misma”; el segundo, de manera literal. Desde esa perspectiva, entonces, esa última manifestación de la escritura literaria de Raúl Scalabrini Ortiz también puede entenderse como una de las instancias de apertura de una corriente de pensamiento y de una producción discursiva que habrían de ocupar un espacio considerable en la cultura y en la política argentinas de nuestro siglo.

#### BIBLIOGRAFIA:

##### **De Raúl Scalabrini Ortiz:**

*El Hombre que está solo y espera*. Buenos Aires, Gleizer, 1931.

*Política Británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Cuadernos de F.O.R.J.A. N°1, 1936.

*Historia de los ferrocarriles argentinos*. Buenos Aires, Reconquista, 1940.

##### **Sobre Raúl Scalabrini Ortiz:**

Sarlo, Beatriz: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Prieto, Adolfo: *Consideraciones sobre “El Hombre que está solo y espera”*, en *Boletín de Literaturas Hispánicas* – Facultad de Filosofía y Letras – Universidad Nacional del Litoral – Rosario – Año 1961 – N°3.

Halperin Donghi, Tulio: *El revisionismo argentino como visión decadentista de la historia nacional*, en *Ensayos de Historiografía*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

Berlanga, Angel: *El hombre que estaba solo y se quedó esperando*, en diario *Página 12*. Buenos Aires, 30 de mayo de 1999, págs. 30 y 31.

Wainfeld, Mario: *Un canto a lo colectivo*, en diario *Página 12*. Buenos Aires, 30 de mayo de 1999. pág.30.

en *Ensayos de Historiografía*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pág. 109.

#### **Notas.**

1. Cfr.: Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, pág. 215.

2. La expresión «horizonte de expectación» es tomada de Hans Robert Jauss, quien la define como «el sistema objetivable de las expectativas que, para cada obra, en el momento histórico de su aparición, nace de la comprensión previa del género, de la forma y de la temática de obras anteriormente conocidas y de la oposición entre lenguaje poético y lenguaje práctico». Al respecto, cfr. Jauss, Hans R., *La literatura como provocación*, Barcelona, Península, 1970, pág. 169.

3. La consideración de las distintas causas que incidieron en el descrédito del gobierno de Yrigoyen y en la realización del golpe de 1930 está basada en lo que en tal sentido ha señalado José Luis Romero.

Cfr. Romero, José Luis: *a República Radical*, en *Breve Historia de la Argentina*, Buenos Aires, Huemul, 1984, págs. 170 a 173.

4. Sobre este asunto ha resultado decisivos los aportes de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo. Al respecto, cfr. especialmente los artículos *La Argentina del Centenario: Campo Intelectual, Vida Literaria y Temas Ideológicos* de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, y *La fundación de la Literatura Argentina, de Carlos Altamirano*, en Altamirano C. y Sarlo B.: *Ensayos Argentinos*, Buenos Aires, C.E.D.A.L., 1983.

5. Este asunto también ha sido tratado de manera precisa por los autores mencionados precedentemente. En tal sentido, cfr. *Vanguardia y Criollismo: la aventura de «Martín Fierro»*, en *Ensayos Argentinos, op.cit.*

6. En este sentido, son sumamente significativas las intervenciones de Jorge Luis Borges, particularmente las que se manifiestan en textos como *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Baral, 1994, págs. 135 a 150.

7. Cfr. Prieto, Adolfo: *Consideraciones sobre «El hombre que está solo y espera»*, en Boletín de Literaturas Hispánicas, Año 1951, N° 3. Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral, 1961.

8. Cfr. Prieto, Adolfo: ob.cit, págs 23 y 24.

9. Prieto, Adolfo: ob.cit. pág. 25.

10. Prieto, Adolfo: ob.cit. págs. 27 y 28.

11. Prieto, Adolfo: Ob.cit. pág. 30.

12. Prieto Adolfo: ob.cit., pág. 30.

13 Este dato está tomado de la clase que sobre Scalabrini Ortiz dictara el profesor Halperin Donghi en el mar-

co del Seminario sobre "Ideas e Ideologías en la Argentina de entreguerra", Rosario mayo de 1999,

14.Cfr. Sarlo Beatriz: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, op.cit., pág. 215.

15. Sarlo, Beatriz: id. ant., pág. 216.

16. Sarlo, Beatriz: id. ant., pág. 240.

17. Scalabrini Ortiz, Raúl: *El hombre que está solo y espera*, cit. págs. 21 y 22.

18. Scalabrini Ortiz Raúl: id. ant., pág. 22.

19. Scalabrini Ortiz, Raúl: id. ant., págs. 22 y 23.

20. Scalabrini Ortiz, Raúl: id. ant., pág. 33.

21. Scalabrini Ortiz, Raúl: id. ant., págs. 45 a 48.

22. Que la veracidad de los hechos narrados en este capítulo por Raúl Scalabrini Ortiz es problemática lo señala Beatriz Sarlo cuando afirma que «el impacto cultural de estas medidas (**reales o imaginadas y magnificadas por Scalabrini**) fue profundo...» (lo destacado es nuestro). Cfr. Sarlo, Beatriz, *na modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, op. cit., pág. 240.

23. Scalabrini Ortiz, Raúl: *El hombre que está solo y espera*, op.cit, págs. 49 a 52.

24. Id. ant. págs. 53 a 55.

25. Id. ant. pág. 61.

26. Id. ant. pág. 71.

27. Id. ant. pág. 71.

28. Id. ant. pág. 75.

29. Id. ant. pág. 76.

30. Id. ant. pág. 7.

31. Id. ant. págs. 85 a 90.

32. Id. ant. pág. 86.

33. Id. ant. pág. 86 y 87.

34. Id. ant. págs. 88 y 89.

35. Id. ant. pág. 89.
36. Id. ant. pág. 99.
37. Id. ant. págs. 100 y 101.
38. Id. ant. págs. 111 a 119.
39. Id. ant. pág. 11.
40. Id. ant. pág. 114.
41. Id. ant. pág. 119.
42. Sarlo, Beatriz: *Una modernidad...cit.*
43. Prieto, Adolfo: *Consideraciones sobre «El hombre que está solo y espera»*. op.cit., pág. 39.
44. Id. ant. pág. 39.
45. Id. ant. Pág. 40.
46. Cfr. Halperin Donghi, Tulio: *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, en *Ensayos de Historiografía*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pág. 109.